

Maristella Svampa

Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal *

Extraído de *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

Porque yo viví toda esa época. A mí nadie me lo contó.
Alfredo, trabajador metalúrgico, sesenta y ocho años

Yo no soy peronista porque no nací en la época.
Mario, trabajador metalúrgico, veintiocho años

-¿Tu papá es peronista?
-Nunca lo sabré, no tiene una definición... En su época fue peronista.

-Y en tu caso, ¿mantenés una relación de distancia con el peronismo?
-Mi caso es de distancia hacia todos.
Manuel, trabajador metalúrgico y estudiante universitario, veinticinco años

Introducción

En uno de los viajes que realizamos juntos para visitar una fábrica metalúrgica del sur de Buenos Aires, Carlos nos deslizó el borrador de un panfleto en contra de la flexibilización laboral que estaba trabajando desde hacía cierto tiempo con algunos colaboradores, y que pensaba distribuir en todas las fábricas del sector. En la primera parte del texto se hacía una larga lista de los derechos y leyes laborales que se habían obtenido en épocas pasadas, que concluía textualmente con la siguiente frase: “Leyes que hoy nos parece tan común tenerlos y disfrutarlos y que la mayoría de las veces no valoramos ni nos preguntamos Por qué, ni cómo se consiguieron”. La frase estaba dirigida a los jóvenes trabajadores metalúrgicos quienes, según él, parecían creer que esas leyes laborales habían existido desde siempre, como si formaran parte de la naturaleza: “Se olvidan de que fueron producto de luchas sociales. Se olvidan, y a la hora de exigir lo hacen como si fuera algo normal, sin preguntar ni atender las razones”.

El cambio en las actitudes de los trabajadores más jóvenes constituye una de las obsesiones centrales del trabajo de Carlos, un cuadro gremial de la Unión Obrera Metalúrgica que cuenta hoy con treinta y seis años. Ciertamente es que la colisión entre el marco prescriptivo de las acciones de Carlos y las actitudes de los jóvenes trabajadores que íbamos a visitar era, por momentos, casi total.

Es sabido que, en la Argentina, la integración socioeconómica de la clase trabajadora fue realizada por el primer régimen justicialista, entre 1946 y 1955. Este proceso de incorporación de la clase trabajadora no fue sólo socioeconómico sino también simbólico. El discurso de los nuevos gobernantes apuntó a desvincular la idea del progreso de la imagen de un país pastoril, agrario, para ligarla a la imagen de una Argentina industrial. La idea de progreso, componente central del imaginario social argentino, se dotó de nuevos contenidos y, en ese mismo proceso, fue asociada con un nuevo actor social: la clase trabajadora. Hasta entonces, la imagen de una sociedad donde imperaba la fe en el progreso indefinido y en la movilidad social ascendente había sido encarnada, sobre todo, por los sectores medios. A partir de 1945, esta representación del país como una sociedad integrada, con una tendencia a la homogeneidad social, se haría efectiva y extensiva a los sectores populares, más concretamente

* Agradezco los comentarios y sugerencias de Inés González Bombal y Danilo Martuccelli.

a aquellos que fueron destinatarios principales de los beneficios económicos y de los derechos sociales implementados por el primer gobierno peronista.

El trabajador industrial se hallaba en el corazón de esta representación progresista del desarrollo histórico, identificado con una Argentina industrial y moderna. Es esta representación del progreso social la que todavía tiene una enorme resonancia en Carlos, cristalizada en un estilo de vida muy asimilado al de las clases medias. Como resume él mismo, “el trabajador metalúrgico era sinónimo de la casita,,un autito, los chicos al colegio, una vez por mes salir a comer afuera, nada del otro mundo, algo completamente elemental...”. En su expresión mínima y más “universalizable”, el orgullo de trabajador metalúrgico se vincula aquí con un estilo de vida y una aspiración al consumo, asociado tanto con el trabajo del obrero calificado como con las conquistas económicas logradas por el sector en la época de esplendor del gremio.

Cierto es que el acento nostálgico que percibimos en Carlos pone en evidencia la fuerte impronta que el imaginario propio de las clases medias tuvo sobre los trabajadores industriales, en el mismo momento en el cual comienzan a sopesarse los límites de la pasada integración social. Sin embargo, la asimilación de un modelo cultural que remite al estilo de vida de las capas medias también fue acompañada por la afirmación de una subjetividad específica. En efecto, desde la perspectiva de Carlos y, naturalmente, desde la del sindicato, el trabajador metalúrgico era, hasta hace poco tiempo, el portador de una fuerte identidad social, sólidamente anclada en una especial valorización de la cultura del trabajo, un orgullo sindical y una vocación política peronista. La subjetividad del trabajador metalúrgico articulaba de manera paradigmática estas tres dimensiones (cultura del trabajo, conciencia política peronista y orgullo sindical), ninguna de las cuales pudo, verdaderamente, imponerse o anular a las otras, aunque a lo largo del breve período que va entre la década del 50 y fines de la del 80 sea posible establecer jerarquías y primados, más temporales que estructurales. En suma, si bien no es posible hablar en sentido estricto de conciencia de clase, dado el conjunto de factores sociales y culturales que contribuyeron a debilitarla, fue particularmente entre los trabajadores metalúrgicos donde la cultura del trabajo tuvo su mayor expresión histórica.

Tenemos así que Carlos opera sobre la base de un conjunto de supuestos sociales, políticos y culturales, que remiten a dos procesos diferentes: el primero vincula al trabajador calificado con el estilo de vida de las clases medias; el segundo subraya la positividad de valores obreristas entre los cuales se destacan la justicia social y la dignidad de los, trabajadores. Durante décadas, el peronismo sintetizó el vaivén y la tensión latente entre estos dos procesos divergentes. Hoy, su crisis y debilitamiento parecieran revelarnos una inextricable asociación entre ambos: así, la pérdida de la capacidad de consumo termina por erosionar la débil conciencia obrera existente.

Sin duda, esta primera hipótesis explicativa no puede ignorar el peso de una serie de factores que aluden a las transformaciones económicas, tecnológicas, políticas y sociales que ha sufrido el sector industrial en los últimos veinte años. Como no lo ignora Carlos, quien está en condiciones de realizar un análisis minucioso de los efectos desarticuladores que estas transformaciones han tenido sobre el trabajador metalúrgico, sobre la acción sindical y, de manera más amplia, sobre el compromiso político que lo liga al Partido Justicialista. Sin embargo, la aceptación práctica de la separación de estos tres niveles choca contra sus sentimientos más íntimos y sus convicciones más profundas, generando actitudes ambivalentes y conflictos internos que dan cuenta de la distancia cada vez mayor entre sus vivencias subjetivas y la realidad objetiva. Pero allí donde Carlos percibe con mayor temor la impronta revulsiva de la desintegración del viejo modelo es en el terreno de las nuevas “bases” sociales: esa masa apática y difusa que no es ni peronista ni sindicalista y que, en verdad, tampoco se identifica con el colectivo “trabajadores”. Resulta claro que las transformaciones actuales repercuten negativamente sobre las antiguas identidades sociales; un proceso cuyas consecuencias y desafíos parecieran dejar de lado, de un solo golpe, los logros obtenidos a lo

largo de décadas de historia social y política, para volver la tarea sindical a un incierto punto de partida.

Este artículo busca indagar sobre este proceso de erosión identitaria y de debilitamiento general de un grupo social que representó, por un lado, el máximo nivel de integración social y económica logrado por la clase trabajadora en la Argentina y, por el otro, la mayor expresión histórica de una cultura obrera del trabajo. Ciertamente, el quiebre del mundo obrero puede ser leído de diversas maneras. Nuestra intención ha sido dar cuenta de este fenómeno a partir de la desarticulación y la transformación de aquellos ejes primarios sobre los cuales se afirmó la identidad de los trabajadores metalúrgicos, tales como una concepción determinada del trabajo, de la política y del consumo. Para ilustrar los cambios mayores sufridos en las representaciones sociales hemos decidido analizar y contraponer el testimonio de tres generaciones de trabajadores metalúrgicos. Para ello, hemos seleccionado un número limitado de testimonios con un doble objetivo: por un lado, presentar acabadamente los principales contrastes existentes entre las tres generaciones; por otro, poner de manifiesto la distancia que se establece entre la visión estructurado de los militantes sindicales y las representaciones más difusas de los trabajadores¹. Tal perspectiva comparativa nos permitirá adentrarnos en los nuevos clivajes que estructuran hoy la vida de los trabajadores metalúrgicos, y que apuntan a configurar, aun débilmente, las identidades.

En busca de perfiles sociales generacionales

El tiempo de las identidades fuertes: la vieja generación de metalúrgicos

Podemos considerar como representantes de la vieja generación a aquellos trabajadores que hoy tienen más de cuarenta y cinco años, cuyo universo político-social está profundamente marcado por la experiencia integracionista del primer régimen peronista, por un lado, y la vivencia de la persecución política y la acción gremial llevadas a cabo por los fuertes sindicatos del sector, por el otro. El recorrido generacional que realizaremos pondrá de relieve la existencia marcadamente contrapuesta entre, al menos, dos tipos generacionales diferentes. momentos polares que dan cuenta, *in extremis*, de la distancia que actualmente existe entre la subjetividad de los militantes metalúrgicos y la de los trabajadores que componen la masa obrera.

¹ Este trabajo se presenta como una continuación y, en cierta manera, como un corolario, del realizado en los capítulos IV y V de *La Plaza vacía Las transformaciones del peronismo* (Martuccelli y Svampa, 1997) donde analizamos las diferentes dimensiones de la crisis del actor sindical a partir del estudio de tres sindicatos, entre ellos, la Unión Obrera Metalúrgica. En el presente artículo el estudio se amplía y, a la vez, cambia el objeto de interés, para extenderse a las dimensiones identitarias de los trabajadores metalúrgicos en general y no solamente aquella de los militantes sindicales. Para ello, completamos el trabajo de campo realizado en 1996 en un partido del sur de la Provincia de Buenos Aires con una nueva etapa de relevamiento y de realización de entrevistas en profundidad, entre septiembre de 1997 y marzo de 1998. En el relato que presentamos aquí y con el objeto de ilustrar cada una de las figuras generacionales, seleccionamos una o dos entrevistas, aquellas que sintetizan de manera emblemático un conjunto acabado de rasgos (sociales, culturales y políticos). El trabajo de campo no fue fácil: en varias oportunidades entrevistamos a los trabajadores en su lugar de trabajo y desarrollamos conversaciones informales con delegados y directivos empresariales. Los nombres fueron cambiados a fin de preservar el anonimato de los entrevistados.

Acerca de las categorías analíticas utilizadas para el estudio de las identidades, véase, además de los capítulos ya citados, el capítulo III de *La Plaza vacía*.

El viejo militante sindical presenta un discurso fuertemente estructurado que enfatiza tanto el orgullo sindical como la importancia de una cultura del trabajo que cimentaría y “dignificaría” la identidad social. El nivel de integración alcanzado por el obrero calificado lo vincula al estilo de vida de la clase media argentina, con la cual compartió muchas veces aspiraciones educativas y un nivel determinado de consumo. Aquí resulta claro que la política aparece como el principio articulador de las diferentes dimensiones subjetivas del trabajador metalúrgico, a partir de lo cual esta figura se dota de una identidad personal que se incorpora, a su vez, en una identidad colectiva mayor: sindicalistas que son más peronistas que trabajadores, pero también sujetos populares y peronistas en tanto obreros y sindicalistas.

Esto es lo que sucede con Alfredo, un ex delegado de sesenta y ocho años, muy identificado con la tradición vanderista, ya jubilado, y con un largo historial como trabajador metalúrgico. Para Alfredo, su experiencia social como trabajador y sindicalista se confunde y se articula con su identidad peronista: “«Yo soy un orgulloso metalúrgico», yo siempre decía cuando hablaba en los congresos. Me presentaba diciendo: «Soy un orgulloso argentino, un buen peronista y un alegre metalúrgico, un orgulloso metalúrgico»”.

Antes que nada, a Alfredo le interesa dejar constancia de la importancia del momento histórico en el cual la aspiración a la igualdad y el sentimiento de dignidad encontraron correlato en un lenguaje político asequible a la experiencia de la clase trabajadora, instancia en la cual la clase trabajadora se constituye como sujeto popular a través de la acción de Perón. Alfredo lo expresa en una larga frase, que seguramente ha repetido una y mil veces, con la misma contundencia y el tono épico con que lo hace frente a nosotros, sin perder la emotividad de sus palabras:

En la época nuestra no había nada, lo conseguimos con mucho sacrificio. Aparte de los decretos. Aparte de que Perón nos dio muchas cosas. Perón lo que nos *dio fue el derecho a vivir*. Perón agarró un país dormido, porque era un país dormido, el patrón te daba una patada en la cola y te mataba con tu trabajo. Perón despertó al pueblo argentino, que estaba dormido. Había pobres y ricos, no había clase media. Perón nos dio el derecho a poder discutir, nos dio el derecho de poder tener una heladera, de poder tener una casa. Nos hizo ver que podíamos ser gente, que podíamos mandar al chico al colegio con un par de zapatos, que podíamos tener una radio buena como el abogado del barrio. Perón despertó a la gente, hizo conciencia. *Nos hizo ver que nosotros éramos gente*, no podíamos ser más lo que éramos, veníamos con la cabeza gacha y entonces levantamos la cabeza con Perón. Perón despertó al pueblo argentino.

Para la gente del sindicato, Alfredo es algo así como el paradigma del viejo militante sindical. Él lo sabe y seguramente por ello construye este estilo de presentación, para encarnar un personaje que le gusta, que le va “a medida”. Alfredo es un “duro”, un curtido militante vanderista. Su relato está salpicado por nombres memorables, y el suyo emerge siempre en el centro de alguna acción épica: cuando joven, fue boxeador aficionado, sin embargo renunció a ir a las olimpiadas, bajo el régimen peronista, estuvo a punto de ser candidato a diputado provincial, pero renunció porque “le gustaba ayudar a la gente”, fue delegado en varias fábricas y estuvo “muy cerca” de Augusto Vandor, a quien considera su maestro. En los 70, desde su puesto de delegado, se enfrentó a la “ultraizquierda” (con esta denominación engloba tanto al ERP y los Montoneros como a Franja Morada), y un relato oscuro acerca de los sucesos de Ezeiza parecen ligarlo con actividades más “pesadas”. En fin, su vida parece estar marcada por una sucesión de “renuncias históricas”, por la resistencia frente a las dictaduras y por los enfrentamientos con diversas facciones filoperonistas y de izquierda.

Por supuesto, está de más decirlo, a Alfredo le apasiona hablar del pasado, tanto como rehúye discurrir sobre el presente. En el 89, a causa de un problema cerebrovascular, tuvo que jubilarse, nos dice casi sollozando, y desde entonces percibe una “mala jubilación”. Tiene una pequeña casa, cerca de La Plata, donde vive con su mujer. Uno de sus hijos trabaja en el sector

metalúrgico, pero ha seguido su consejo y no se dedica a la actividad sindical, para evitar las persecuciones que sufrió el padre.

Alfredo, como tantos otros militantes sindicales históricos, ha adoptado una postura muy pragmática frente a los cambios impuestos por la gestión presidencial de Carlos S. Menem y las nuevas orientaciones político-sindicales del Partido Justicialista. Está lejos de aquellos otros militantes que han optado por replegarse en el ámbito privado y rumian con resignación y amargura su descontento ante el presente político. Para él, el peronismo de hoy no ha perdido la capacidad para interpelarle en términos de prácticas políticas presentes, aunque para ello tenga que hacer una relectura del pasado:

Es otra época. Es otra época totalmente distinta a la que se vivía con Perón. Totalmente distinta, porque este hombre, Menem, agarra el país otra vez vapuleado por los militares, por malos gobiernos y entonces no puede hacer lo que hizo Perón porque Perón ya lo hizo, y comete un error que lo estamos pagando actualmente, que habría que ver con el tiempo si fue bueno o fue malo. Ahora no podría decir si fue bueno o fue malo. Menem dividió país y pueblo, cosa que Perón no hizo nunca, pero era otra época. Cuando viene Perón quiere trabajar para el pueblo, el pueblo no tenía nada. País rico y pueblo pobre, el Banco Nación estaba lleno de oro, oro en Brasil, oro en Norteamérica, pero nosotros andábamos en alpargatas, no teníamos nada, éramos como parias. Perón, que tiene ideas nacionales y humanas, nos da de todo, hace vivir al pueblo, lo ubica al pueblo como gente, no como cosa y tiene con qué, y tiene al lado una mujer como Evita que le agrega a Perón otro ingrediente, consideraba lo social, nos dan casas, nos dan hospitales, colegios, mi primer zapato me lo regaló el gobierno peronista, un zapato tractor, alpargatas nuevas y alpargatas viejas, las nuevas para el colegio y las viejas para andar en casa. Todo hizo Perón, porque tuvo la plata para hacerlo, aparte de la idea. Era un país muy rico, y empezó a transformar gente pobre en clase media, empezó a poblar al país de clase media, eso lo hizo Perón, porque tenía la idea y tenía la plata. Viene Menem (es más larga la historia ¿no? pero usted me entiende). Viene Menem, que es un delegado de Perón, un afluente del peronismo. [...] Entonces Menem tiene un problema: o sigue con el pueblo o sigue con el país, un país desacreditado, con fama de tramposo, una peste en todo el mundo era la Argentina. Menem tiene que elegir entre el pueblo y el pus y elige el país y trabaja para el país y lo pone actualmente entre los veinte mejores países del mundo. Hay una estabilidad total, Inflación récord en el mundo, un país creíble, que cumple, que paga lo que debe.

El testimonio da cuenta de una ambivalencia mayor: aunque Alfredo coloca el énfasis en el líder, en su capacidad de conducir el país y el partido en medio de la adversidad y de reinsertar al primero nuevamente en el movimiento mismo de la historia, resulta claro que Menem ya no puede reunir todos aquellos elementos que articulaban de manera unitaria el fenómeno peronista. La fragmentación de la experiencia peronista deviene inevitable, colocándose por encima de la fuerte estructuración ideológica que se percibe en el discurso de Alfredo, centrado en torno del líder. Para explicar los reveses sufridos por la clase trabajadora en los últimos años Alfredo, como tantos otros de su generación, termina por realizar un desplazamiento de las responsabilidades:

Toda la gente de mi generación se ha ido jubilando, mi generación ya tiene sesenta, sesenta y cinco, setenta años, no hay más en la fábrica, no estamos más en las fábricas, estamos en casa. Jubilados, algunos con grandes problemas, algunos con menos, depende la jubilación, y la gente que nos reemplazó fue perdiendo cosas porque no las sintió las cosas que fueron perdiendo.

En definitiva, el relato que nos hace Alfredo de su propia historia se centra en el vínculo establecido entre el movimiento obrero organizado y el líder. En los avatares actuales de este vínculo se desliza una fractura generacional que comienza a ocupar un rol muy “funcional” dentro del rígido dispositivo de creencias de Alfredo, pues permite la readaptación y la conservación de la matriz identitaria, a pesar de las transformaciones actuales: ayudan a explicar el porqué de los cambios, al tiempo que no desorganizan los ejes mayores sobre los cuales reposa su identidad político-social. Alfredo es el que sigue hablando:

Bueno, pasó una cosa muy importante, uno agarra a los chicos y los gasta a veces: “Y qué hablan ustedes”, si mi generación consiguió todo lo que había, con presos, muertos, con tortura, con el apoyo de un gobierno que fue Perón, pero no fue fácil sacarle las cosas a los patrones, Perón apoyaba pero no era fácil sacarle las cosas a los patrones [...]. En ese peronismo que viví yo había que luchar por todo, pero

como ellos tienen todo, pero no todos le dan valor, aunque el padre les contó lo que le costó conseguir las cosas. Generalmente, la política desacredita mucho a Perón y al peronismo, porque se fueron muriendo muchos dirigentes, no hubo renovación muy importante de dirigentes que vivieron esa época y que hablen como hablo yo. Quedan pocos. Yo no tengo vergüenza de hablar como hablo, también puedo aceptar alguna crítica y la analizo, si él tiene razón... “No, no tenés razón”, porque yo viví toda esa época, a mí nadie me lo contó.

Alfredo encarna una figura social, la del militante sindical histórico, en toda su positividad, en la cual convergen la memoria de una experiencia histórica que alude a luchas políticas y sociales-, el recuerdo de la “patria metalúrgica”; la voluntad de vincularse prioritariamente con el líder; aspectos que se sobreponen sobre otros más negativos que le aporta la realidad actual: la experiencia de la fragmentación del peronismo, a causa de la división que Menem ha operado entre “pueblo” y “país”, y la pérdida de los derechos y conquistas laborales a manos de las nuevas generaciones. Por último, Alfredo está más preocupado por presentar su persona como una figura emblemática, con la conciencia del deber cumplido, que por reflexionar acerca de los problemas asociados a la imposibilidad actual de conservar el legado histórico.

El viejo trabador integrado

La figura que presentamos ahora tiene como correlato un trabajador metalúrgico cuya actividad y aspiraciones se han desarrollado fuera del universo sindical y político. Por supuesto que presenta algunas características similares al primer tipo esbozado, pero las diferencias se plantean con claridad en cuanto se comprende que el eje articulador de su identidad social no es la adhesión político-partidaria ni el orgullo sindical propiamente dicho sino una cultura del trabajo vinculada estrechamente a la ampliación del consumo y a un proyecto de movilidad social ascendente. Ciertamente es que el orgullo sindical es una temática presente, pero se alude a él en términos de pasado, acotado a la época de esplendor del gremio metalúrgico. Sin embargo, esta figura comparte con el tipo anterior una misma experiencia histórica, en la cual tienen un lugar central la valoración de la lucha y la acción colectiva.

Antonio ilustra acabadamente este segundo caso. Trabajador calificado, con sesenta años y cuarenta y cinco de antigüedad en una fábrica autopartista mediana del sur del Conurbano Bonaerense, Antonio es, sin lugar a dudas, la memoria viviente de la empresa. Este hijo de inmigrantes italianos nunca se interesó verdaderamente por la política y, a pesar de la simpatía que desarrolló en una época con relación al peronismo, confiesa que siempre ha votado por el radicalismo. En la representación de Antonio aparecen muy vinculadas una cultura del trabajo con una aspiración al consumo, que constituyen los núcleos de su experiencia vital, además de ser precisamente la convergencia de estos dos aspectos la que lo separa de generaciones anteriores. De su padre albañil Antonio recuerda que “agarró épocas muy buenas, del 45 hasta el 60. Se llegó a hacer hasta dos o tres casitas para él”. Pero agrega:

Está bien, pero el italiano tenía otra forma especial, no como nosotros, ¿viste? Era muy diferente a lo que hacemos nosotros, como mis hijos son muy diferentes a lo que hago yo ahora, o a lo que hice yo. Ellos tienen una forma muy diferente de pensar a la de nosotros, quién sabe, en cierta forma tienen razón también ¿viste? Y qué sé yo, vos a veces hacés tanto sacrificio y después tenés miedo que se derrumbe todo. Cuando vos estás ahí en una parte media, dirás: “Si pierdo, pierdo poco, o si gano, gano más. No se sacrifican tanto creo, como el sacrificio que hacíamos nosotros antes. Me siento diferente en esos términos, todos esos términos. En lo otro no, porque en conducta y eso, es irreprochable eso. He tenido un padre que ha sido ejemplar. Pero vos te dabas cuenta, por ejemplo, mi papá nunca llegó a tener un coche, no eran de salir tanto, de irse de vacaciones.

Para Antonio, “ser obrero es algo relativo”² la tentación de dejar la fábrica y rebuscárselas como trabajador independiente siempre estuvo presente, no sólo entre sus aspiraciones mayores sino también dentro de su horizonte de posibilidades. Pero la posibilidad de haber sido es evocada con amargura. “En este país únicamente que vos tengas la oportunidad para ponerte algo por cuenta tuya, puede ser que levantes cabeza, pero si no, siendo obrero, tanto en una empresa como en la otra, podrás ganar un pesito más, un pesito menos, pero de ahí no vas a pasar”. A pesar de ello, o precisamente por vivir los tiempos “de las vacas gordas”, Antonio optó finalmente por quedarse en la fábrica: “Y bueno, siempre me sentí cómodo, nunca estuve, digamos, mal tampoco en la empresa”.

El caso de Antonio es una ilustración extrema de un obrero bien “integrado” a los sectores medios. Lo ayudan sus orígenes europeos, un salario digno que lo ha llevado a alcanzar un nivel de vida que podríamos calificar de bueno y estable, y el hecho de vivir en un barrio tradicionalmente asociado con los sectores medios, pero su experiencia social está inserta, como la de Alfredo, en el proceso histórico que tuvo al peronismo como principal actor.

Recordemos que el peronismo surgió en una sociedad en la cual la horizontalidad normativa del vínculo social se estrellaba contra la verticalidad realmente existente en las relaciones sociales. Es dentro de esta matriz dual de las relaciones sociales como es necesario entender la fuerza igualitario y disruptiva que tuvo el peronismo, que terminó por definir los nuevos clivajes políticos que durante décadas dividieron el campo político-social argentino. En tanto lenguaje político, el peronismo actuó como un fuerte mecanismo de distinción entre los sectores populares (peronistas) y las capas medias y altas (antiperonistas). Por diversas razones que no cabe considerar aquí, el actual debilitamiento de los clivajes políticos ha contribuido a desdibujar estas antiguas barreras de distinción. Esto es notorio en aquellos obreros calificados que, como Antonio, comparten con los sectores medios otras dimensiones de su experiencia social. Por último, la mayor o menor cercanía de Antonio respecto de los sectores medios se consolida también desde la relación de distancia cada vez mayor que se instaura con la experiencia del peronismo histórico, a medida que se apagan los recuerdos del primer gobierno peronista.

Sin embargo, más allá del (no siempre explícito) sentimiento de identificación social que experimenta Antonio respecto de los sectores medios, el núcleo central de su vivencia social lo constituye hoy la sensación de una caída social, unida a la crisis del ideario del progreso socioeconómico, desvinculado del trabajo asalariado. Como lo expresa claramente: “Si yo hubiese seguido teniendo el ritmo que yo tenía antes hubiese llegado, quién sabe, a una clase media, no una clase media alta pero sí una clase media mediana. En vez, en estos momentos yo no me siento esto, porque yo lucho, lucho y veo que estoy siempre con lo mismo. Nunca avanzo”.

Cierto es que Antonio, a diferencia de Alfredo -quien percibe una jubilación que lo deja insatisfecho-, continúa formando parte del cada vez más exiguo padrón argentino de trabajadores protegidos, lugar desde el cual lanza su mirada crítica:

[Ahora] la gente siente inquietud, no se siente bien, ve cambios que pueden venir y que pueden ser males para nosotros mismos, no males buenos. males que a nosotros nos van a perjudicar. No tanto a mí porque, ya te digo. a mí me quedan cinco años de trabajo, pero yo veo que la juventud no va a tener las posibilidades que tuvimos nosotros, las que teníamos quince o veinte años atrás. En estos seis o siete años atrás ha variado muchísimo todo, para la gente del trabajo especialmente.

En el límite, Antonio comienza a padecer los efectos de las nuevas divisiones estatutarias entre “trabajadores protegidos” y “trabajadores precarios”, que se insertan preponderantemente en el seno de un corte generacional.

Ellos [los más jóvenes] se sienten un poco más menospreciados que nosotros, pero ellos lo aceptan porque, yo me Imagino que ellos lo aceptan porque no tienen otra salida, porque si no consiguen trabajo

² Éste es el título del libro de J. Parodi (1986).

acá, les cuesta muy difícil conseguirlo en otro lado, cosa que en la época cuando estaba yo no era así, vos estabas en un trabajo y no te gustaba y te salías y al otro día vos conseguías trabajo. Hoy en día no te pasa esa, hoy en día vos dejás un trabajo y, quién sabe, te pueden pasar tres meses, un año o dos años que no vas a conseguir trabajo tampoco.

Sobre ese nuevo clivaje se instala también la idea de que los derechos y las conquistas sociales obtenidos pertenecen a otra época, y desaparecerán, casi sin dejar rastros, en el transcurso de una generación. La posibilidad de transmitir un legado social colectivo es puesta en cuestión (a pesar de que, como Alfredo, se culpabiliza a las generaciones más jóvenes de haber entregado el “patrimonio obrero”, sin grandes luchas). Con ello se anulan también las expectativas de coronar una historia laboral con un ascenso social, posibilidad que desaparece entonces del horizonte discursivo de los trabajadores.

Nada más lejos de esta visión que una lectura de la propia historia laboral en términos individuales. Como en el discurso -mucho más locuaz- de la clase media empobrecida, el fracaso es percibido como social, como colectivo, como nacional. Y si bien el período de apogeo e Integración social de la clase trabajadora industrial es temporalmente más acotado que el de la propia clase media en caída, desde la vivencia de los actores la evocación del período de bonanza económica no va acompañada de representaciones sociales ambivalentes, como efectivamente sucede en otros sectores. En otras palabras, la nostalgia que los viejos trabajadores muestran por el viejo modelo nacional-popular no parece que vaya acompañada por un (auto)cuestionamiento de aspectos importantes del mismo, como la crítica a “los sectores protegidos por el Estado” o, peor aún, a aquellos “que vivían del Estado”. Estos tópicos críticos que parecen haber sido incorporados por el discurso de las clases medias, la que fue acusada junto con otros sectores (la “patria sindical”) de defender ciertos privilegios estatutarios ligados a los “favores” del Estado populista-distribucionista, no han sido incorporados en el discurso de los trabajadores industriales, quienes más bien evocan esa época en términos de luchas sociales y sindicales.³

Antonio es algo así como el paradigma del trabajador calificado “integrado”, una especie rara, en proceso de extinción. Su suerte social, que aparece cada vez más asociada a un período acotado de la historia del país, marca su desacuerdo creciente con el nuevo conjunto de posiciones sociales en el sector. Este desencuentro se expresa en imágenes cada vez más inquietantes y perturbadoras, que terminan por instalar a Antonio, de manera ambivalente, entre dos temores mayores: la pérdida de la seguridad (es, sobre todo, el temor a la caída en la precariedad laboral, mientras que la imagen de la exclusión se halla todavía muy lejos) o el miedo creciente de encarnar la figura de un privilegiado (trabajador “protegido”). Aunque el primer temor no se halla ausente (Antonio está a punto de jubilarse y parece haber tomado las previsiones necesarias para poder conservar su estilo de vida), el miedo a convertirse en un privilegiado, frente a “compañeros” de tareas cuyo trabajo es inestable y precario, se encuentra expresado con mayor agudeza. De ahí la necesidad de instalar el tema en términos de derechos sociales mínimos y, como tal, inalienables:

Yo no creo tampoco que una persona que trabaje se le pueda llamar privilegiado porque puedas ir a un cine o puedas salir a dar una vuelta con tu señora, yo creo que cualquier persona lo mínimo que puede desear de tener es, si vos trabajás, si sos una persona que vivís en el trabajo, creo que lo mínimo que podés pretender es... que sé yo, calzarte, vestirme, poder salir una vez o dos veces aunque sea en el mes con tu señora a un cine o Ir a pasear, no creo que sean cosas de privilegio, me parece a mí ¿no cierto? Es lo mínimo.

En fin, como figuras históricas, Alfredo y Antonio parecen colocarse claramente en las antípodas. Alfredo encarna, en tanto militante sindical, una de las dimensiones simbólicas

³ Aunque en un registro diferente, también es posible percibir una representación crítica del pasado bienestar en los sectores marginales, aquellos que no fueron precisamente los destinatarios directos del viejo modelo, y que consideran que hubo una época de “derroche” y “abundancia” que el país vivió, sobre todo, bajo el primer peronismo, pero que persistió, aun con claros vaivenes, hasta mediados de los años 70.

mayores del peronismo: a través de éste halló la posibilidad de expresar públicamente su experiencia privada, a partir de lo cual se dotó de una identidad político-cultural en ruptura con otros sectores sociales, particularmente respecto de las capas medias. Antonio, en cambio, sintetiza otro de los aspectos encarnados por el peronismo: la integración socioeconómica y la adopción, por parte de sectores de la clase trabajadora, de un modelo cultural similar al de las clases medias. Pero más allá de que ambos casos representan momentos polares de un fenómeno multidimensional, tanto Alfredo como Antonio conservan una memoria histórica en común, en la que la figura de los derechos y el papel de las luchas sociales ocupan un lugar fundacional indiscutible.

La identidad deteriorada: la generación intermedia

Nadie podrá dejar de percibir lo trágico de esta desfuncionalización que consiste en el hecho de que hombres cuya existencia y autoconciencia están ligadas a una conducta tradicional determinada que llevó a sus padres, y quizá también a ellos mismos en su juventud, al éxito y a una autoafirmación suficiente, se vean, con el mismo comportamiento, condenados ahora al fracaso y a la decadencia, en un mundo que se ha transformado en virtud de causas ininteligibles.

NORBERT ELIAS, *La sociedad cortesana*

En esta franja generacional en la que situamos a los trabajadores que tienen entre veintiséis y cuarenta y cinco años se perciben con nitidez y mayor dramatismo los efectos desarticuladores del final de un modelo de integración social; nueva situación que se expresa a través de una figura histórica específica: la del trabajador metalúrgico crítico. El punto de convergencia, y por encima de las “banderías políticas”, es la clara conciencia de la crisis que, en diferentes niveles, afronta el trabajador metalúrgico, aun si muchos de ellos, desde la acción sindical, intentan recomponer más imaginaria que prácticamente el marco de referencia en el cual se desarrolló el modelo populista.

El militante metalúrgico crítico tradicional

El militante metalúrgico crítico tradicional se presenta como una variante histórica del activista, en muchos de los cuales se destaca una tradición familiar obrera y peronista. Así, resulta claro que el quiebre del modelo reviste características más dramáticas para aquellos que pertenecen a la segunda generación de trabajadores industriales y desarrollan una activa militancia sindical. En el imaginario de esta generación ocupa un lugar importante el cultivo y la transmisión de una memoria colectiva, sintetizada por las luchas y conquistas logradas por el sector, que se extienden hasta el período democrático del gobierno de Raúl Alfonsín (en ese imaginario se mezclan, a veces indiscriminadamente, recuerdos que aúnan el sindicalismo antiburocrático con el sindicalismo corporativo).

Éste es el caso de Carlos, el cuadro gremial al que hicimos referencia en las primeras páginas. A pesar de la crisis y del quiebre de la tradición política, sobre todo manifiesta en las jóvenes generaciones de trabajadores metalúrgicos, la visión que Carlos tiene de la clase trabajadora argentina conserva un sentido “fuerte”, en el cual la identidad política peronista ocupa todavía un lugar central.

Sin embargo, la sensación que experimenta Carlos -tanto como Víctor, un delegado del sector que tiene su misma edad- que un mundo social y familiar, que conocen por el relato de sus padres, pero que ellos alcanzaron a disfrutar, se desmorona. Se verifica así un sentimiento de pérdida de las referencias sociales y culturales tradicionales, cuya magnitud puede ser

ilustrada con la reflexión de Elías (1996, 260) que hemos puesto como epígrafe. En efecto, se trata de una “desfuncionalización trágica” que repercute de manera importante sobre la vivencia cotidiana y pone en entredicho representaciones y prácticas sociales, consideradas normales y valoradas como exitosas hasta no hace mucho tiempo. A muchos de estos trabajadores, el sentimiento de desarraigo y de nostalgia los ha llevado a refugiarse en el respeto de los valores y los roles tradicionales, cristalizados en el viejo paradigma transmitido por los mayores.

A Carlos, como dirigente del gremio, y a Víctor, como delegado gremial que conforma la Comisión Interna de la fábrica en la cual trabaja, les compete la tarea de “formar” y “concientizar” a las nuevas generaciones díscolas y despolitizadas, que constituyen la mano de obra más numerosa y potencialmente sindicalizable, muy poco dispuestas para la acción orgánica. En palabras de Carlos:

El hecho de plantearse un código de convivencia laboral entre los propios compañeros tiene un proceso mucho más lento. Hay que formarlos, no solamente como trabajadores, sino también como personas, como individuos. Nosotros lo resaltamos mucho en el curso [para delegados] que es edificarle la cultura como trabajadores, que el compañero que está al lado no es un enemigo, no es el que te está tirando al bombo, como decimos nosotros, sino un compañero que trabaja en esa planta, que tiene esa planta como primer empleo, con una casi nula, un gran porcentaje casi nulo de conocimiento de derecho laboral, convenios colectivos, hasta la modalidad del trato empresario al trabajador.

Otro de los aspectos valorados como negativos es el “espontaneísmo obrero” propio de los más jóvenes. Así, Víctor cuenta:

Hay una realidad, la gente joven no le da bolilla a muchas cosas, pero guarda cuando la gente joven se enoja, es difícil de manejar. Yo te digo, hay que manejarla hasta cierto punto, hay que tener una cintura bárbara, porque yo te digo tuvimos una sola vez que podíamos haber parado, que fue cuando les habían mandado el telegrama [de despido] a seis compañeros, que era paro de fábrica. Los muchachos el día anterior estaban descreídos. Cuando vinieron a las seis de la mañana, algunos dicen: “Víctor, vamos a ir al fondo ¿no?”. Vamos a patear coches, querían ir a patear coches, los de armado querían ir a patear coches. Digo: “No, muchachos, hay que pensar, esto es un paro, no es nada del otro mundo, ¿viste?”.

Son conductas que se inscriben en el registro de la confrontación extrema del “todo o nada”. Es Víctor el que concluye: “Ellos no tienen término medio, no existe una media variable para medirlos”.

Víctor y Carlos no dejan de subrayar el carácter negativo de estas acciones espontáneas que, además de desbordar los canales institucionales de negociación y producir una desorientación en las estructuras orgánicas del gremio, refuerza la ya desgastada imagen del sindicato frente a los trabajadores. Mientras los más jóvenes cuestionan “de qué lado está el gremio”, en el sindicato se miran con desconcierto y se preguntan qué hacer con esos jóvenes.

La inflexión es importante: desde la perspectiva de Carlos, compartida con otros dirigentes y delegados, se trataría de jóvenes trabajadores que “no tienen una identidad política”, que son “antitodo”, individualistas partidarios del “sálvese quien pueda”, como añade Víctor. En el límite, no serían “verdaderos trabajadores”, dado su apego al consumo, que aparece como la expresión de una estrategia individualista, propia de los sectores medios.⁴ En suma, las actitudes de reclamo y desconfianza hacia las nuevas generaciones constituye uno de los lugares comunes en el discurso de esta generación, tópico recurrente que en algunos casos puede convertirse en el punto de partida de un repliegue identitario.

⁴ Es notoria la diferencia que existe entre la percepción del sindicato con relación a la posición social de estos jóvenes (se les niega una identidad obrera, arguyendo que son chicos “que están en una buena posición económica”), y aquella que tienen los directivos de una gran fábrica automotriz, donde se concentra esa “problemática generacional”. Para estos últimos resulta obvio que estos jóvenes provienen de los sectores populares, de “un escalón más abajo que la clase media”, no sólo por el nivel salarial (el promedio salarial es de 500 pesos) sino por las condiciones de vida (uno de los directivos ha realizado visitas a las viviendas de los trabajadores).

En efecto, esta visión extremadamente negativa que han desarrollado especialmente los militantes sindicales debe ser reinsertada dentro de una estrategia mayor: frente al joven apático y consumista que reviste la figura de la alteridad, despojado de toda subjetividad positiva, surge la necesidad de acentuar el discurso ideológico que confirma la positividad de los viejos ideales del trabajador metalúrgico, con el objetivo expreso de asimilar, en el límite, de “subjetivar”, a los nuevos trabajadores. Claro que los obstáculos de tal tarea de “concientización” son constantes y los fracasos desalientan a más de uno, pero sus objetivos permiten mantener, al menos imaginariamente, los ejes de una identidad astillada. En efecto, ¿cómo no ver en esta actitud de rechazo e incompreensión hacia los obreros más jóvenes un intento de refuncionalización de la identidad, a partir de la cual se confirma la importancia de los ejes articuladores del antiguo modelo? La cultura del trabajo, el orgullo sindical, la solidaridad social y, por supuesto, el reconocimiento del lugar que todavía ocupa el peronismo en la vida de los trabajadores, se constituyen en la contracara inevitable de la despolitización juvenil y de la afirmación individualista del consumo.

Ahora bien, por debajo de esta visión militante, algunos delegados, como Víctor, no dejan de rescatar un aspecto positivo que caracterizaría a las jóvenes generaciones, aquello que podríamos denominar “solidaridad afectiva”, esto es, el hecho de que los jóvenes expresen sus sentimientos sin tanto acartonamiento. Dice Víctor:

Lo afectivo debe ser porque hoy en día la juventud es más expresiva, se expresa más hoy en día si alguien está bien y se siente amigo tuyo, te da un abrazo, un beso. En cambio, antes demostrar los afectos no era lo mismo, antes uno para demostrarlo, para decirle a la madre o al padre “te quiero”, nosotros éramos muy duros o peor más atrás, o los mismos padres con nosotros, que capaz que se morían por nosotros pero no eran capaces de levantarnos y darnos un beso. Porque capaz que el padre sentía que era algo indebido, pero hoy en día la gente demuestra los afectos, es más expresiva, y en lo laboral todo lo contrario, cuando pasa eso, la gente no quiere... Sálvese quien pueda, -si yo hago el trabajo, que se jodan los demás”. Yo noto eso.

En los jóvenes el cambio de paradigma es tal que las generaciones mayores no entienden cómo esa dimensión expresiva y las formas de solidaridad afectiva que ella genera no encuentren un corolario en formas de solidaridad laboral.⁵

El trabajador metalúrgico crítico-escéptico

A diferencia del primero, que logra recomponer su identidad deteriorada reforzando su oposición respecto de las generaciones más jóvenes, y en virtud de la idealización del “viejo” modelo metalúrgico, el trabajador metalúrgico crítico-escéptico parece no buscar nada, no perseguir ningún objetivo específico, no intentar reconstituir ninguna identidad.

Así lo manifiestan los dichos y las actitudes de Mario, con apenas veintiocho años y casi diez años de antigüedad en el sector, y el escepticismo cauto de Miguel, ex delegado de treinta y un años y uno de los pocos oficiales jóvenes de la fábrica. A veces los embarga un sentimiento de orgullo, porque pueden afirmar que se desempeñan en el sector que en una época sintetizó el máximo esplendor económico y el mayor poder sindical alcanzado por la clase trabajadora. Como lo refiere Miguel:

Siempre me sentí identificado como trabajador metalúrgico [...]. Si hoy me pedís una explicación, no sé. Yo he tenido la experiencia que me he ido a otro gremio y siempre traté de volver; cuando volví acá puse

⁵ Dejemos terminar a Víctor: “Por ejemplo, un compañero, por decir una cosa, nació el bebé y a los tres días falleció. Estaban todos acongojados, la totalidad, «pobre negro, pobre negro» continuamente, todo el mundo, inclusive se hizo una colecta para llegar a él, estar de alguna forma. Pero por otro lado son terriblemente egoístas, porque si bien en ese sentido son recontrasolidarios, por otro lado son terriblemente egoístas. Tal vez el otro está trabajando mal, o viene descompuesto y no son capaces de darle una mano, «Ah. que se joda». Tienen diferentes puntos de vista”.

en la balanza dos trabajos, estaba trabajando después de ahí, salgo de comercio y sigo en la industria, vendría a ser gastronómica, de servicio mejor dicho porque atendía el negocio. En esa época, el mismo dinero que ganaba acá lo ganaba en el otro trabajo donde ya estaba trabajando. Yo iba a entrar a trabajar acá, puse en la balanza los dos trabajos y dije: “Si siempre fui del fierro voy a seguir en los fierros”. Eso fue lo que empezó a tomar la decisión de venir a trabajar acá.

Pero enseguida vuelve a ganarlo el escepticismo y la falta de expectativas: “Sí, yo al ritmo que vamos mi temor es no poder afrontar los estudios de mis hijos. Se lo voy a tratar de dar de cualquier manera dentro de las posibilidades mías, pero al ritmo que vamos, al ritmo de trabajo y los cambios que se están produciendo, es como que yo tampoco tengo mucha expectativa para delante. Me duele decirlo pero es que acá se ve eso”.

Tanto Miguel como Mario son trabajadores que conservan un cierto orgullo sindical y una conciencia profesional, a pesar de la erosión en la capacidad de consumo y la ausencia de expectativas de movilidad social ascendente. Pero el punto de inflexión mayor parece estar en la relación de desencanto que tienen con la política luego de la experiencia militante de los años 80, vivida en ambos casos entre 1988 y 1990. A pesar de conservar buenos vínculos con el gremio, en la actualidad ambos descreen de la posibilidad de rearticular teórica y prácticamente el viejo modelo y carecen de la “voluntad política” y de la disciplina sindical que poseen los más militantes.

La percepción de la existencia de un punto de ruptura que coloca entre paréntesis la posibilidad misma de la disidencia es la ausencia de un “proyecto político” entre las nuevas generaciones, como lo expresa Mario: “Anteriormente se tenía un punto de referencia del presente y un proyecto. [...] Por ejemplo, los puntos en común que se tenían antes eran más políticos de lo que se tiene ahora. Hoy en día se simplificó mucho. No se busca. Se trata de estar ahí en el presente y eso es todo lo que los une”. Para Mario, también el peronismo entra definitivamente en el pasado, estableciéndose las diferencias entre su manifestación actual y el justicialismo histórico. Sin olvidar sus orígenes peronistas, Mario no vacila en afirmar que “yo no soy peronista porque no nací en la época. De haber nacido en la época creo que hubiera sido peronista. Sin duda. [...] Puede decir [soy] peronista una persona mayor, una persona que sí vivió el peronismo, pero una persona hoy por hoy en el presente no puede decir «soy peronista». Puede decir «yo fui peronista» y votar al justicialismo. Pero no puede decir «soy peronista y voy a votar al peronismo» cuando no existe. Dejó de existir ya”.

En fin, sin apostar a una despolitización absoluta, Mario traza claramente los límites: “La política nunca me atrajo lo necesario, lo justo para entenderlo y saber dónde llegar. [...] Me interesa hasta cierto punto, saber hasta dónde me sirve. No salir a interiorizarse sino hasta dónde me sirve. Sacarle provecho”. Miguel, por su parte, pone de relieve el carácter “cerrado” de la actividad política actual, cuando expresa que “son muy pocos los lugares donde alguien quiere generar cambios, si no hay tres, los que están acá, se encierran ahí, no entra más nadie pero tampoco generan hacia afuera una actividad”. En suma, sin olvidar que no poseen los mismos rasgos identitarios, es posible afirmar la proximidad que Mario y Miguel experimentan hacia las nuevas generaciones, con quienes comparten una misma actitud de distanciamiento general hacia la política. Si bien ambos pueden reprocharles a los más jóvenes “la desinformación” y las formas extremas del desinterés, han podido desarrollar una actitud de comprensión empática para con ellos.

Por momentos, pareciera que esta suerte de “Jóvenes viejos” se colocaran a igual distancia valorativa entre los mayores, a quienes no “endiosan” e insertan en el pasado, y los más jóvenes, ante quienes no asumen estrategias pedagógicas de ningún tipo. El ocaso de la militancia y el conjunto de nuevas realidades políticas han dejado al descubierto una identidad dislocada en donde “todo está suelto”: un conglomerado de viejos fragmentos donde coexisten, como cabos sueltos, conciencia profesional, desencanto político, orgullo metalúrgico y nostalgia de la acción sindical, elementos residuales y a la vez permanentes de la antigua subjetividad del trabajador metalúrgico.

El tiempo de las identidades fragmentarias: los jóvenes trabajadores

Fijate cómo es el tema de la velocidad de la línea, porque teníamos entendido que iba a ser de noventa coches y después de las 20.30 nos la subió el brasilero a 96 coches. Fue un caos, todos terminaran pariendo. Estuvimos al borde del motín. Pedí reunión con el brasilero.

Cuaderno de delegados, Comisión interna de una fábrica automotriz

Los jóvenes se encuentran entre las franjas poblacionales más afectadas por el desempleo. En mayo de 1995, el mes que alcanzó el nivel histórico más alto del período, el desempleo juvenil en el área metropolitana de Buenos Aires tocaba el 34,20/o (Jacinto, 1997). En octubre de 1997, los jóvenes entre veinte y veinticuatro años constituían el 19,2% del total de los desocupados, mientras que aquellos entre veinticinco y veintinueve años llegaban al 15,3%, contra el 10,9% de desocupados registrado entre las personas mayores de veintinueve años.⁶ A esto hay que añadir que los jóvenes se encuentran hoy entre los más afectados por las nuevas modalidades de contratación precaria.

En la actualidad, es frecuente observar una tendencia cada vez más marcada en las empresas, sobre todo en aquellas de reciente instalación, a adoptar una política “de preferencia generacional”, orientada hacia la incorporación de jóvenes trabajadores, sin demasiada calificación y con escasa o ninguna experiencia laboral. Los argumentos a favor de esta política apuntan a subrayar que los jóvenes, a pesar de la escasa o nula calificación, son más flexibles que los “viejos” trabajadores, formados en el antiguo modelo, lo cual resulta importante en un contexto de importantes cambios organizacionales en la esfera laboral. Por supuesto, a esto hay que agregar otros motivos menos explícitos, que se refieren a los beneficios indirectos que la empresa puede obtener con un personal juvenil poco proclive a la acción sindical y política. Así, por ejemplo, en una conocida fábrica automotriz de la zona sur de Buenos Aires que tuvimos oportunidad de visitar, instalada desde 1992, el 65% de los trabajadores tienen entre dieciocho y veintinueve años, el 34,7 % tiene entre treinta y cuarenta y un años, y sólo el 0,3%, tiene más de cuarenta y un años. Si bien el promedio de edad actual es de veintinueve años, hace cinco años era sólo de veintitrés. Actualmente, la antigüedad promedio de los trabajadores es de doce años. Sin embargo, los directivos de la empresa han comenzado a detectar importantes dificultades con relación a los jóvenes trabajadores: falta de disciplina laboral, escaso sentimiento de pertenencia, poco conocimiento de los riesgos laborales, aumento de los accidentes de trabajo⁷ y, en los últimos tiempos, una explosión de los problemas ligados al consumo de droga. Ello ha conducido a una suerte de replanteamiento parcial (resultado también de las presiones sindicales) de esta política de “preferencia generacional”. En la actualidad, los directivos son conscientes de la existencia de un “vacío generacional” que responde a la falta de obreros artesanos y oficiales con experiencia, que debieran ocupar los rangos intermedios de la pirámide laboral. La actual tendencia apunta a la incorporación de este tipo de trabajadores más calificados que, por lo general, rondan entre los cuarenta y los cincuenta años, los que son difíciles de hallar en una zona aluvional como la de los partidos de Florencio Varela y Berazategui, con una “escasa tradición de especialización laboral”.⁸ En suma, en la actualidad los directivos aclaran que de ahora en más el objetivo es descartar a

⁶ Agradezco a Alejandro Pelfini la elaboración de estos datos sobre la base de la Encuesta Permanente de Hogares, Instituto de Ciencias, Universidad Nacional de General Sarmiento.

⁷ El promedio actual, según testimonio del director de Seguridad Industrial del mismo establecimiento, es de dos accidentes laborales anuales por operarlo.

⁸ Reproducimos el discurso de los directivos, que difiere enormemente del sostenido por el sindicato del sector, que considera que, amén de las motivaciones político-sindicales, la empresa sólo busca ahorrar lo máximo posible el costo de la mano de obra.

aquellos operarios muy jóvenes, que “todavía deben ser criados”, y aquellos viejos “que es difícil reeducar”.

Ahora bien, en un ámbito de las características enunciadas, donde son pocos los “viejos” trabajadores que pueden exhibir credenciales laborales respecto de la experiencia y la calificación, los trabajadores parecen circular en un espacio de horizontalidad, sólo quebrado por la verticalidad explícita de las jerarquías internas. No sucede lo mismo con las “viejas” empresas, como tuvimos oportunidad de apreciar en una visita que realizamos a una fábrica metalúrgica de mediano tamaño, que cuenta con unos ochenta operarios y más de cuarenta y cinco años de antigüedad en la zona. Posee una planta estable compuesta por antiguos trabajadores, entre los que hay numerosos operarios calificados, como es el caso de Antonio, quienes son los encargados de adiestrar a los más jóvenes, recién incorporados. Allí la relación entre jóvenes y viejos discurre por canales más ortodoxos: por lo que pudimos observar, existe un respeto general hacia los trabajadores más antiguos, quienes son no sólo la encarnación del saber-hacer sino también, en algunos casos (y antes que los propios delegados sindicales), los depositarios naturales de las confidencias de los trabajadores más jóvenes. De este modo, el tejido de relaciones que se construye entre los trabajadores implica el reconocimiento implícito y explícito de jerarquías laborales y generacionales, dentro de las cuales se inscriben las prácticas y los valores de cada uno.

En suma, los jóvenes en general, y aquellos provenientes de la clase trabajadora en particular, se encuentran entre la población más vulnerable del mercado laboral, hecho agravado por las escasas credenciales educativas y la rotación constante a la cual se ven sometidos a causa de los contratos temporarios. El panorama actual no parece favorecer expectativas muy optimistas para el futuro: mientras el ritmo de trabajo aumenta en las fábricas, el tejido de las solidaridades laborales se debilita, la amenaza de cesantías o suspensiones temporales constituye un lugar común y hace tiempo que el trabajo asalariado ha dejado de ser asociado a la posibilidad de una movilidad social ascendente.

De los testimonios recogidos entre jóvenes trabajadores decidimos concentrarnos en dos de ellos, quizá los más provocativos, cuya única nota común la constituye el hecho de que ambos se posicionan en las antípodas ideológicas del modelo del militante sindical. De allí el tono visiblemente crispado que su sola mención genera en el lenguaje de delegados y sindicalistas. Sin embargo, el primero de ellos, el joven trabajador “integrado”, es más una excepción que la regla, pues simboliza, como Antonio, el triunfo de la experiencia integracionista que ciertos sectores de la clase trabajadora vivieron en la Argentina y por ello expresa el final de un ciclo social. El segundo de ellos, el joven “tribal”, marca una de las tendencias más actuales en las actitudes de las nuevas generaciones y, quizá por ello, anuncia la apertura de un nuevo ciclo social.

El joven trabajador “integrado”

Este perfil generacional aparece como el sucesor lógico y natural de la figura del viejo trabajador integrado. Se presenta así como el fruto de los logros de una generación de metalúrgicos, cuyas expectativas de vida se vinculaban a los sectores medios y entre cuyas aspiraciones estaba la de coronar un proceso de movilidad social ascendente a través del diploma universitario y el trabajo independiente. Ahora bien, si para las viejas generaciones “ser obrero” era algo “relativo”, pues en el pasado salir de la fábrica y montar un taller independiente se hallaba dentro del horizonte de posibilidades, para sus “herederos” *ser obrero debe ser algo necesariamente relativo*. Los factores que explican esta vuelta de tuerca son diversos: el primero de ellos es que parte de estos jóvenes, gracias al exitoso proceso de integración y movilidad social que lograron sus padres, sienten que pertenecen al gran colectivo de la clase media argentina, con la que comparten estilo de vida y posibilidades educativas. El

segundo factor remite a los cambios operados en las representaciones sociales de los trabajadores respecto de las posibilidades de progreso económico y ascenso social que el trabajo asalariado puede ofrecer: aquí resulta claro que los jóvenes no desconocen las escasas perspectivas de futuro que ofrece el trabajo asalariado, en un contexto de precariedad laboral cada vez mayor. Por esta razón, el trabajo en la fábrica no parece más que como un tránsito, un puente que conduce a otro lugar, un lugar de pasaje facilitado por la historia laboral de la familia.

El relato de Tomás ilustra acabadamente esta situación. Tiene veinticinco años y trabaja actualmente en la misma fábrica en la cual su padre está desde hace treinta y cinco años. Su padre es un trabajador “protegido”, colega de Antonio, el viejo trabajador metalúrgico integrado que hemos presentado en las primeras páginas. Cuando Tomás nos habla de los logros económicos de su padre, establece con naturalidad su identificación con los sectores medios:

Él siempre dice que cuando él empezó a trabajar, digamos que era clase media, quizá más. Él en esa época hizo la casa, se casó, compró el terreno, todo lo que hizo lo hizo cuando recién ingresó y, en ese momento, él decía que él trabajando ocho horas [y que] quizá hacía más que en este momento [que está] trabajando doce horas, sábado y domingo, digamos por decir una cosa. Pero, clase baja no se siente, es más bien una clase media, no te digo que en casa la pasamos bien, pero siendo tres de familia y dos trabajando, se vive bastante bien.

Cuando le preguntamos en qué lugar de la escala social se posicionaría, Tomás responde sin vacilaciones:

Digamos que es una clase media, que me siento dentro de una clase media. Una clase media para mí bastante buena, desde el punto de vista que comemos todos los días, nos vamos de vacaciones, tenemos auto, podemos pagar los impuestos, podemos de vez en cuando hacer una fiesta, a comparación de otra gente que no le alcanza, muchos obreros de acá dentro de la fábrica que no les alcanza quizá para llegar a fin de mes.

Tomás subraya también las diferencias que él experimenta con relación a su padre: el sacrificio y la previsión son valores asociados a la cultura del trabajo y el estilo de vida de las antiguas generaciones. Su padre “siempre fue previsor, siempre está previendo algo más, siempre la duda o el pensar lo que puede llegar a pasar mañana. [...] Yo no soy tan previsor como él, no sé si me explico. Mi viejo por ahí para comprar algo lo piensa un mes, yo para comprar algo hoy tengo la plata, voy y lo compro y mañana veo con qué afronto otra cosa, siempre trato de vivir el hoy y si es posible lo mejor que se puede”. Él, por su parte, como la mayoría de los jóvenes, tiene una relación instrumental con el trabajo: “Yo trabajo para vivir y no trabajo más de lo necesario. Yo tengo una filosofía de vida que es trabajar lo que uno necesita. Cubrir sus necesidades y después disfrutar la vida. No solamente el trabajo y el trabajo y el trabajo”.

Además de no compartir las representaciones sociales de sus mayores respecto del trabajo y el consumo, Tomás considera que, aunque sea necesario “trabajar duro”, esto ya no alcanza para progresar económicamente, pues la fábrica presenta un limitado horizonte de oportunidades. La capacitación y la formación profesional aparecen entonces como el único “medio” a partir del cual hoy se torna posible dar el gran salto y abandonar la fábrica: “Yo tengo compañeros acá en la fábrica, porque cuando yo entré a trabajar, yo los conocía porque hay un muchacho que también es hijo de un muchacho que trabaja acá y él me decía: «Pero, ¿vas a estudiar y trabajar?». «Mirá, Rodrigo», le digo, «vos sos técnico mecánico, hacéte un cursito de mecánica automotriz, electricidad y todo lo que tiene que ver con el auto y vas a ver que si ponés un tallercito por más modesto que sea, vas a tener tu laburo, está bien, no vas a estar seguro como en una fábrica, pero vos vas a ser jefe, patrón, obrero y no vas a tener nadie que te moleste», y bueno y siguió mis consejos y empezó a estudiar”. Vemos también que en Tomás continúa intacta la confianza en el cuentapropismo, que constituyó efectivamente una salida positiva hasta comienzos de los años 80 (Palomino y Schvarzer, 1995).

La vida de Tomás está estructurado en torno del estudio y el trabajo. A pesar de que sus padres están en condiciones de mantenerlo mientras estudia, Tomás, que es hijo único, se ha impuesto una rutina agotadora: entra a trabajar a las cinco de la mañana en una fábrica mediana de Quilmes, de la cual sale a las quince. A las diecisiete toma el ómnibus para ir hasta la Universidad Nacional de La Plata, donde está cursando la carrera de Economía y recién regresa a la casa de sus padres hacia la medianoche. A diferencia de otros trabajadores, él no experimenta ninguna contradicción entre el universo social de origen (reflejado en la fábrica, pero también asociado a los oficios que le enseñó su padre) y el universo de llegada (las aspiraciones educativas y el trabajo independiente), a partir de lo cual se autoposiciona con naturalidad dentro de los sectores medios.

Cierto es que un trabajador como Tomás apenas suscita la animosidad de los militantes críticos pertenecientes a la generación intermedia. Indiferente, aunque respetuoso de las tradiciones obreras, joven despolitizado, aunque dispuesto a acompañar reclamos sindicales y movilizaciones; solidario, pero tal vez un poco condescendiente en el trato con los compañeros más humildes y poco calificados, buen trabajador, pero rebelde y poco respetuoso de las jerarquías internas, todos saben que Tomás, aunque es hijo de Santiago, ése que trabaja desde hace treinta y cinco años en la empresa, sólo está de paso por la fábrica y tiene “su lugar” en otro lado.

El joven trabajador “tribal”

Por supuesto que son muchos más los que siguen “dentro” de la fábrica que los que están con un pie “afuera”, como Tomás, gracias a la obtención de credenciales educativas. La mayoría de los jóvenes que trabajan en la fábrica automotriz en la cual centra prioritariamente sus actividades sindicales Carlos sólo poseen el nivel primario de instrucción o tienen el secundario incompleto.⁹ Aunque son conscientes de que el horizonte de posibilidades laborales se ha reducido considerablemente, no han llegado a la fábrica para quedarse. Por lo general, la tentación de realizar un “buen arreglo” es mayor que el temor al desempleo. El trabajo es percibido desde una óptica individualista y con un rol netamente instrumental: ya no es tampoco el medio privilegiado para alcanzar un lugar en la sociedad sino sólo un medio para obtener dinero y satisfacer determinadas necesidades de consumo (la vestimenta, la salida con los amigos, la música). Es contra éstos que la generación intermedia desliza amargos reclamos en nombre de identidades colectivas (los “trabajadores” o los “obreros”) y de tradiciones sindicales y políticas (la memoria del primer gobierno de Perón, pero sobre todo las luchas obreras de las últimas décadas).

Para ilustrar esta postura, hemos elegido el testimonio de Roque, un operario calificado-especializado de veinticuatro años que trabaja desde hace cuatro en la citada empresa automotriz. Como tantos otros jóvenes de su generación, para Roque la política es una dimensión “sucio y corrupta” de la realidad social, considerada como “irrelevante” desde el punto de vista de sus vivencias cotidianas; el sindicato, que tiende a ser confundido con la obra social, poco serio en sus respuestas a las verdaderas necesidades de los trabajadores, “mentiroso” y en algunos casos, “vendido” a la patronal, orientado exclusivamente al logro de sus propios intereses. Para los delegados más militantes, Roque no sólo es el caso típico del joven trabajador díscolo y despolitizado que se afilia y desafilia al sindicato según el mal humor del momento, que hace un “buen arreglo” con la patronal y después espera una nueva

⁹ En esa planta automotriz, del total del personal jornalizado (entre los que se incluyen los administrativos), sólo el 22% tiene estudios técnicos completos, el 17% ha completado el bachillerato, el 5%, estudios comerciales, y el 46% sólo tiene la escuela primaria completa. Información suministrada por la administración de la fábrica, marzo de 1998.

oportunidad para reingresar a la planta. Es, sobre todo, un caso extremo de “subversión identitaria” para aquellos que intentan imponer el viejo modelo del trabajador metalúrgico. En efecto, Roque, que no niega sus raíces sociales ni proyecta un ascenso social a partir del afianzamiento de una identidad profesional, comete el peor de los pecados posibles: reivindica para sí una identidad “tribal”.

Así, apenas le preguntamos con qué tipo de gente establece relaciones, Roque responde: “Yo convivo hoy, porque yo soy muy cambiante, yo estaba con unos pibes que yo les digo «cabeza de cumbia», a la gente que escucha cumbia. Porque yo... en el heavy vos seleccionás a la gente según la música que escucha. Vos decís «me junto con los cumbia, pero está todo bien». Con los cumbia ya no me trato más, no es que estoy peleado. Una vez me peleé y entonces no los traté más. Después tengo gente mayor que yo, menor que yo, de mi misma edad, gente heavy, gente no heavy. La gente que junto hoy por hoy es así como yo”. El universo relacional de Roque es una suerte de “comunidad emocional” en la cual se gestan, se afirman y cambian las identidades, cada vez más fragmentarias, relativas y flotantes en el seno de diferentes tribus urbanas. A pesar de la inestabilidad y el carácter “cambiante” que se autoatribuye, Roque cuenta con un grupo de referencia, los “heavy rock”, los que parecen garantizarle una identidad tribal relativamente estable.¹⁰ Continúa Roque: “Nosotros le decimos la tribu, porque somos todos iguales, nosotros decimos que no somos tan... cómo se dice, cuando diferencias una gente de otra. Pero somos los que más diferenciamos, tipo racista. Somos tipo racista nosotros. Yo veo un tipo que está conmigo y usa pantalón ancho y le digo: «Che, loco, por qué usás pantalón ancho si a vos no te gusta. Si vos sos como sos, vestíte como sos”. Roque sonríe mientras nos muestra los numerosos tatuajes que cubren su cuerpo y nos habla del atuendo que lo identifica como heavy (pantalones camuflados, remeras negras dibujadas), aparentemente sin reparar que aquello que nos está señalando es el overol azul que comparte con los otros trabajadores...

El caso de Roque ilustra la apelación a una definición identitaria a través de los consumos culturales, que termina por disolver aquellos escasos elementos que remiten a una cultura popular peronista y a una conciencia obrera como ejes posibles desde los cuales organizar una representación colectiva del trabajo y de la identidad social. Entre aquellas fuerzas que han contribuido a la transformación de las actitudes de los jóvenes trabajadores se hallan los medios masivos de comunicación y la consolidación de un mercado global. El paradigma antiguo del “trabajador metalúrgico” -real o imaginario, poco importa- se deshace completamente ante la mirada indignada e impotente de delegados y sindicalistas.

Ahora bien, la construcción de una identidad positiva más volátil, asociada primariamente al consumo de la música, nos coloca frente a la problemática de las subculturas juveniles, cuyas consecuencias transformadores atraviesan transversalmente la sociedad, por encima de las pertenencias sociales u orígenes específicos de clase. Esta transversalidad inquietante constituye, sin duda la base de uno de los grandes temores que asaltan a los guardianes del viejo modelo del trabajador metalúrgico. En efecto, es probable que el estilo de vida de Roque se separe enormemente de aquel que desarrolló su padre, un ex policía peronista, o de Alfredo, nuestro militante sindical histórico, y se halle más cerca de un joven que vive en una gran metrópoli como París, Tokio o São Paulo, con quienes es capaz de compartir un universo expresivo en el cual se mezclan amores y rechazos que definen un núcleo vital similar: gustos musicales y vestimentas comunes, el lenguaje de los sentimientos y de las emociones, el rotundo desprecio por la política y los políticos, entre otros tópicos. Sin embargo, sería de una extrema simplificación concluir que la difusión de fenómenos sociales transversales a través de una industria cultural global implique un proceso de desdiferenciación social. Al contrario, la tendencia pareciera indicar que estas prácticas sociales y culturales están

¹⁰ Lo cual se opone a la visión de Maffessoli, para quien uno de los rasgos característicos de las tribus urbanas sería el de “revolotear de un grupo a otro” (1988: 140).

en el origen de nuevas estrategias de distinción (y de discriminación) entre diferentes grupos sociales. Por ejemplo, Roque no circula por diferentes espacios sociales sino sólo por aquellos que le permite su propia posición en la estructura social, más allá de que pueda coincidir en consumos culturales con jóvenes de sectores más encumbrados. Sus compañeros de tribu son “así como yo. Desocupados muchos, algunos estudiantes, algunas subocupados, que éstos son la mayoría. De los que tienen trabajo fijo soy yo. Uno recibe una pensión. No una pensión, esos trabajos bonaerenses que salieron de 200 pesos mensuales. Después, hay tres o cuatro que son estudiantes y después los demás son subocupados”. Roque “revolotea” otras tribus, pero siempre dentro de un único universo social: “Y así conocimos gente de otros barrios, que yo ya conocía, dejé de conocer y los volví a conocer. Todos de clase baja, como yo. Nos juntamos todos de vuelta y con gente de otros barrios somos todos una gran tribu. Porque somos gente que tenemos los mismos pensamientos, los mismos gustos musicales. Aunque nos gusta el heavy pero no las mismas bandas. Nosotros decimos que es como una tribu o una brigada o algo por el estilo”. De los sectores medios lo separan una posición y una función en la estructura social (“me levanto a las cuatro de la mañana para ir a laburar”),¹¹ pero también los espacios de diversión (“no comparto discoteca como comparten ellos, los que tienen un poco más que yo”), la vestimenta, entre otros. Por otro lado, Roque todavía conserva trazas del orgullo metalúrgico: “Siempre me gustó lo que es chaperío, así que metalúrgico me gusta. Aparte es mejor sueldo, es uno de los mejores pagos. Aparte yo cuando estudiaba, estudiaba técnico, porque me gustaba, me gustaba ser electromecánico, técnico mecánico. Siempre me gustaba el «fierrierío»“. Más aún, ¿cómo no ver una suerte de afinidad electiva entre el trabajo metalúrgico (el “fierrierío”) y el tipo de música que Roque escoge (el rock metálico y pesado), que le sirve de base para la construcción de una nueva identidad?

En suma: el trabajo, para Roque, es todavía un lugar desde el cual se perciben las divisiones sociales, pero ya no estructura, como antaño, una identidad en términos colectivos. A cambio de ello, van cobrando singular importancia los modos de apropiación diferencial de ciertos objetos de consumo (gustos musicales, vestimentas, discotecas), circunscriptos a determinados espacios sociales (la clase baja), que a su vez se traducen en nuevos conflictos simbólicos (Bourdieu, 1988), contribuyendo, de esta manera, a la renovación de los mecanismos de clasificación y reclasificación constante de los grupos sociales en el seno de una estructura social.

Conclusión

En una palabra, un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de sus momentos. Esto es cierto de todas las etapas de la evolución. De la etapa en que vivimos como de todas las demás. Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros: “Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres”.

MARC BLOCH, *Introducción a la historia*

Hace un par de décadas, el historiador británico Richard Hoggart describió en *La cultura obrera en la sociedad de masas* (1990) el proceso por el cual la cultura popular urbana existente en Inglaterra estaba siendo destruida y reemplazada por una cultura urbana de masas,

¹¹ Roque sigue conservando una fuerte percepción de las divisiones socioeconómicas a través del trabajo: así nos contaba, refiriéndose a otra persona que trabaja en la planta: “Es el hijo de uno de los capos, que anda dando vueltas por ahí. Con una carpetita controlando las carrocías, cómo van, cómo no van. Creo que debe ser clase media porque el padre tiene un muy buen vivir y nada más. No creo que sea alta. Pero yo, si fuera él, no me levantaría a las cuatro y media de la mañana para venir a laburar acá”.

estimulada por medios de comunicación eficaces, centralizados y globales, una cultura menos “sana” que la que procuraba sustituir. A pesar de la existencia de un populismo de tinte obrerista, en la Argentina carecemos de una cultura obrera clasista comparable a la inglesa, cuyos orígenes y desarrollo fueron trazados en toda su complejidad por la tradición de la historia social británica¹² y cuya crisis y descomposición posthatcherista el cine social de ese país nos muestra hoy en día con dramática elocuencia.

Durante décadas el peronismo fue el lenguaje político que estructuró la experiencia subjetiva de los sectores populares. Desde 1945, pasando por el largo período de proscripción política y aun durante los años 80, con la primera gran derrota electoral del Partido Justicialista, el peronismo continuó siendo en los sectores populares una estructura activa que poseía la capacidad de organizar la experiencia cotidiana, a la vez política y privada. La afirmación de un sentimiento de dignidad personal encontraba su correlato en un gobierno cuyas políticas públicas se orientaban a la integración económico-social de las clases trabajadoras. En este sentido, el peronismo canalizó también una dimensión obrerista y contracultural, expresada entre otras cosas por la valoración del mundo del trabajo (sobre todo del trabajador industrial), por el desprecio de los no-trabajadores, la nostalgia del esplendor populista y la proliferación de expresiones iconoclastas en el lenguaje popular (James: 1990).

Ahora bien, aun cuando es entre los trabajadores metalúrgicos entre los cuales es posible hallar ciertos elementos comunitarios y clasistas de la conciencia obrera en la Argentina, su debilidad relativa hace improbable una primacía de la conciencia clasista sobre otras dimensiones. La existencia de una inmigración extranjera, pero sobre todo de una migración interna, y la ausencia de verdaderas familias obreras (esto es, dos o más generaciones socializadas en una conciencia clasista) no permitieron su verdadera consolidación. Por otro lado, desde una mirada retrospectiva, la brevedad histórica de la fase industrialista en la Argentina hace posible que hoy podamos leer esta experiencia de los trabajadores más antiguos sólo como un paréntesis entre dos generaciones. En fin, la existencia de una importante movilidad geográfica y profesional, así como la fuerte impronta del imaginario propio de las clases medias, impidieron el nacimiento de una verdadera comunidad popular, con un estilo de vida propio, esto es, la constitución de un grupo social cerrado y altamente combativo, como en el caso paradigmático de la clase obrera inglesa. En este sentido, la experiencia de los trabajadores metalúrgicos no se emplaza ni en una conciencia de clase dura ni en una dimensión “comunitaria” fuerte, una y otra están diluidas dentro de una identidad más laxa, definida a la vez por lo político y por el consumo. Hoy podemos evocar su antigua articulación a través de la separación actual de estos ejes, elocuentemente ejemplificada por Alfredo y Antonio: el primero encarna cabalmente al militante sindical histórico peronista; el segundo, al trabajador industrial fuertemente asimilado al estilo de vida propio de las capas medias.

Durante muchos años, a causa, entre otras cosas, de la proscripción política del peronismo, se registró una fuerte articulación entre los sectores sindicales y los sectores urbanos. Los recuerdos de tal articulación se perciben tanto en Alfredo como en Antonio, pues en ambos la afirmación de la ciudadanía social se entrelaza de manera indisociable con el recuerdo de las luchas sociales y el rol central de los sindicatos a lo largo del período de exclusión política del peronismo. Las prácticas sociales estuvieron fuertemente marcadas (y subordinadas) a una conciencia endurecida por luchas históricas y persecuciones políticas, lo que llevó a reforzar aún más la creencia en la existencia de identidades sociales opuestas. Como consecuencia de este proceso, debido al peronismo y sus avatares mayores, las identidades políticas fueron pensadas en términos claramente esencialistas.

¹² Véase, además de Hoggart (1990). los trabajos de E.P. Thompson (1977), G. Stedman Jones (1989) y R. Samuel (1984).

En la actualidad, el peronismo ya no da cuenta, como en el pasado, de gran parte de la experiencia pública y privada de los sectores populares urbanos. Por supuesto, la pérdida de algunas de las dimensiones que sintetizaba la experiencia peronista se presenta también como un correlato de la heterogeneidad creciente de los sectores populares, resultado de los cambios que la estructura social argentina sufrió en el último cuarto de siglo. De este modo, el quiebre del mundo obrero da cuenta del carácter entrópico del peronismo. A la sombra de esa fractura se percibe con mejor dramatismo la distancia existente entre la visión estructurado de los militantes y aquella más difusa y renuente de los trabajadores del sector. En aquellos trabajadores en los cuales las representaciones sociales están fuertemente definidas por la militancia gremial, convergen y se entremezclan de manera casi indisociable la afirmación de una identidad política, una tradición sindical, el orgullo de ser metalúrgico y la defensa de la cultura del trabajo. Pero si la defensa de este modelo no parece plantear grandes dificultades para un viejo militante histórico (como es el caso de Alfredo, quien puede proyectarse sobre el presente político desde la acción pasada, con la tranquilidad de la tarea cumplida), esta última no aparece nada fácil para aquellos militantes que componen la generación intermedia, muchos de los cuales fueron socializados en la antigua cultura política y antes del quiebre de la tradición obrera. La acción de estos últimos se emplaza entre el abismo que separa dos universos sociales y culturales: así, la oposición entre viejos y jóvenes reenvía menos a los efectos de una supuesta (y por demás siempre existente) ruptura generacional que al final de una época que indica el debilitamiento y la desaparición de los marcos sociales y culturales del antiguo mundo obrero.

Si bien no nos hemos detenido en ellas, las transformaciones que afectan al sector industrial y repercuten en los trabajadores son múltiples, tanto políticas, económicas, tecnológicas como sociales. Ahora bien, el ingreso acelerado a un modelo caracterizado por la flexibilización económica y la precarización laboral ha tenido menos impacto en aquellos viejos trabajadores metalúrgicos en actividad, que se hallan protegidos por el antiguo marco regulatorio. Y aunque también hayan registrado una “caída” social comparado con otras épocas mejores, lo cual repercute negativamente en su capacidad de consumo, todavía mantienen casi intactos sus derechos sociales, protegidos por las antiguas convenciones colectivas. Esta situación de “privilegio” contrasta con aquella que padecen otros trabajadores, especialmente los más jóvenes, quienes a causa de los contratos “promovidos” y a su escaso nivel de instrucción, tienen grandes posibilidades de entrar en una creciente zona de vulnerabilidad social. Más aún, la desvinculación del trabajo asalariado con las aspiraciones de movilidad social ha puesto en entredicho el imaginario del progreso económico, cuya importancia en los sectores obreros industriales no debe ser minimizada.

De esta crisis dan cuenta los jóvenes trabajadores, quienes desarrollan una relación instrumental con el trabajo y parten de una evaluación negativa de las posibilidades económicas y sociales que presenta el ámbito laboral. Además de todos los obstáculos enumerados antes, los jóvenes ingresan al mercado laboral en una época en la cual el debilitamiento del peronismo en la cultura popular coexiste con la fuerte afirmación de una cultura de masas comandada por un mercado globalizado. Al debilitamiento de los clivajes políticos le sucede la caída de las antiguas estrategias de distinción cultural. Como sintetiza con extrema lucidez Mario: “Ya no existe esa discusión si es peronista o radical. Esa diferencia no existe. Sos radical, peronista, de Boca o de River [...]. Porque el hecho de ser de River no significa que sea de clase alta, o el hecho de escuchar cumbia no hace que sea de clase baja. Son temas que ya no dividen”.

Sin embargo, a pesar de que es posible observar una enorme transgresión de los antiguos códigos sociales y culturales, a pesar del debilitamiento de los clivajes políticos tradicionales, de la crisis y el derrumbe de una ya de por sí débil cultura obrera y popular, esto no significa que las nuevas formas de la cultura urbana de masas dejen de ser un lugar de producción de nuevos conflictos simbólicos y estrategias de distinción entre las diferentes clases sociales.

Hemos entrado en una época en la cual el proceso de construcción de las identidades personales y sociales ha sufrido cambios considerables. La Argentina no es una excepción en ello. La crisis del peronismo y el quiebre del mundo obrero nos han permitido leer este proceso desde una de las perspectivas posibles, aunque no la única. A la sombra de la crisis del peronismo y sus dificultades de transmisión generacional en el mundo obrero pudimos adentrarnos en una de las problemáticas mayores de la época moderna: el fin de las identidades “fuertes” y el ingreso a una era en la cual las identidades son más efímeras y parciales, más fragmentarias y menos inclusivas.

Más aún, durante mucho tiempo la presencia conflictiva del peronismo hizo que en la Argentina las identidades políticas fueran pensadas desde una perspectiva esencialista. Esta visión tenía su correlato en aquella otra que afirmaba que las posiciones en la estructura social y los roles sociales eran los que conformaban y dictaban la identidad de los sujetos. Esta doble concepción por la cual se establecía la correspondencia unívoca entre lo político y lo social, por un lado, y las realidades objetivas dictaban las percepciones subjetivas, por el otro, ha sufrido numerosos cuestionamientos, teóricos y prácticos. La vieja generación de trabajadores metalúrgicos, sobre todo, en la figura de los militantes sindicales, ejemplifica claramente la doble correspondencia que acabamos de señalar: una identidad fuertemente estructurado desde lo político, en donde lo personal y lo social aparecen inextricablemente unidos, expresada a través de compromisos políticos “totales”; una identidad personal centrada en el mundo del trabajo y los roles sociales.

El conjunto de actitudes ambivalentes que hemos registrado en la generación intermedia da cuenta de la crisis de este modelo identitario, vivido todavía con el dramatismo que supone la conciencia de su desgarramiento, de las tensiones que produce la separación cada vez más visible entre los modelos anteriores, la realidad presente y sus vivencias subjetivas. Sin embargo, a pesar de que la referencia a la política constituye el punto de partida de una militancia activa, las divisiones ya no son concebidas en términos esencialistas, a pesar de la importancia asignada al mundo del trabajo, los roles sociales son pensados de manera más aleatoria. Por último, en las generaciones más jóvenes percibimos claramente, como un hecho consumado, el fin de toda referencia a lo político. Los modelos que cobran importancia en los procesos de construcción de las identidades se distancian de los roles sociales y profesionales. (con los cuales se establece una relación instrumental) y remiten cada vez más a nuevos registros de sentido centrados en el primado del individuo, en la cultura del yo y en los consumos culturales, fomentados por las subculturas juveniles. Las identidades personales no se desprenden como una consecuencia o una prolongación de identidades sociales mayores o colectivas. Por encima de los temores de los viejos trabajadores y por debajo de los prejuicios ideológicos de la generación intermedia de militantes, comienza a cristalizarse en los obreros más jóvenes una tendencia a reflejarse en identidades más fragmentarias y volátil, con compromisos más parciales, con orientaciones más dispersas, más definidas por los consumos culturales, pero nunca completamente desencastradas de una matriz conflictiva de relaciones sociales.